



***Doce escaleras***

**J. Sinclair**

ACCÉSIT III Concurso Letraheridos  
Iván Humanes Bespín

# DOCE ESCALERAS

**J. Sinclair**

Y abro otra la vez la cortina, y cuento uno, dos, tres. Y cuando llego al cuatro me siento en el sofá y me digo que ya ha pasado. Cinco son los segundos que han pasado, seis. Montag que salta encima de la mesita de cristal. Montag que estira sus patitas de gato negro. Montag me mira extrañado. El pequeño Montag nació a los cuarenta y ocho días, fue una camada prematura. Sobrevivió a todos sus hermanos, y parece que también cuenta: ocho, nueve, diez. Y me convengo de que se han acabado las murallas exteriores, la pesadilla interior. Y el sol entra y ya han terminado las bombas, al menos por esa mañana, como se acabó la primavera cuando vino la guerra. Porque si hay una cosa insistente esa es la guerra, también la primavera, y la metralla y los carros de combate, y las botas sucias de barro de los soldados subiendo la escalera. Once, doce escaleras hasta la entrada. Fibo. Y esas botas dando una patada a mi puerta blanca y entrando en barrena. Pero eso ya fue, eso fue ayer y no hoy; por eso es que tras la puerta de entrada, en este lugar de aquí, hay muebles y cajas. Como poco trece cajas conté con el temblor en las manos, cuando ellos se fueron y no pudieron verme.

Lo mejor sería seguir escondida en el armario, claro, en ese doble fondo del armario, me digo, y no dar evidencia de lo que puede haber aquí dentro. Porque si catorce soldados entran y tienen complicaciones para entrar y abrir la puerta lo primero que pensarán es que hay alguien aquí adentro, y en concreto yo. Pero a veces hay que tomar decisiones aunque sean estúpidas. Como lo de hablar con mi vecino a través de las paredes, preguntarle cómo está, si sabe algo de esta guerra. Porque estas paredes son de cartón, como poco de cartón, y ahora me apetece ir al dormitorio y dar golpecitos en la pared. Quince. Porque son quince los golpes en la pared que hemos convenido como contraseña. Y no escuchar nada de vuelta, solo el silencio o acaso el arrastrar de las patitas de la rata por las vigas, o por el suelo, porque el oído en la pared puede escuchar todo: desde muerte hasta sexo no consentido, soldados que arrasan con todo con sus cejas negras. Y eso sí, evitar dar el toquecito dieciséis, porque si sobreviene el dieciséis por error se rompe el código y entonces no habrá vecino que valga, ni rezos ni rincones. Fibonacci. Pero pese a él, nada. Fibo no ayuda. Solo un lamento tenue, frágil, al otro lado. Un lamento que hace que vuelva a contar diecisiete, dieciocho, diecinueve y a la llegar al veinte ocupar mi espacio dentro de este armario. Porque si no hay vecino es que el peligro no ha pasado. Y este armario es el mismo espacio que compartí con mi esposo antes de que lo llamaran a filas. Él lo creo para mí, solo para mí antes de que marchara a guerrear con los invasores; sin consentimiento previo, claro, por obligación impuesta, que es como en las guerras se solucionan las dudas. Más aún si tu esposo tiene veintiún años y no sabe qué hacer; siempre el empujón va bien para esto, el empujón del mandatario respectivo.

Y aquí adentro todo es oscuridad, ni siquiera una luz o una vela, porque mejor que no haya ni un resquicio de luz. Ya se sabe que todo insecto acude a la luz, por pequeña que sea. Y el invasor es como esas mariposas con la calavera en las alas: asustan y no hay veintidós que valga, ni serenarse. Y es en el veintitrés cuando se acaba de escuchar alguien dentro de casa, pese a que la puerta es un muro apilado. Unos pasos que caminan aquí y allá y no hay más remedio que contarlos, alguien dentro de la casa. Susurrar veinticuatro y saber que está en el comedor. Veinticinco, en la cocina. Se escucha cómo remueve platos y vasos, veintiséis, veintisiete, abre la nevera, veintiocho, sale al pasillo, veintinueve, camina hacia aquí, treinta, ya están aquí. Treinta y uno, en esta misma habitación. Treinta y dos, justo enfrente del armario, que es mi armario. Yo en posición fetal y conteniendo el aliento. Evitando que por las grietas se cuele un gramo de aliento, porque es aliento de enferma. Porque hace días que no como nada y eso se nota hasta en el respirar: el cuerpo que se descompone desde dentro. Treinta y tres, me sueño cruzando la frontera, dejando atrás la destrucción caprichosa, lo de ser una Anna Frank, los cadáveres contra el suelo, el frío y la nada. Treinta y cuatro, golpean en la puerta, toc-toc, golpean en la puerta del armario con los nudillos, coger un tren y sentarme triste, pero mirar por la ventanilla y dejar atrás esta tierra de barro y muerte. Toc-toc, vuelven a hacerlo. Treinta y cinco. Fibo y el número áureo; los sueños de Fibonacci. A punto estoy de desistir, de salir y ser apresada, despellejada en mi propia habitación. Pero no digo ni mu y los pasos vuelven a alejarse. Vuelven a hacerlo. Treinta y seis, cocina. Treinta y siete, comedor. Al treinta y ocho, nada. De nuevo nada. El silencio que hiere. No hay nada más delicioso que el silencio. No hay

nada más peligroso que el silencio. Uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece, veintiuno, treinta y cuatro y Fibo, Fibo, Fibo. ¿Dónde estás Fibo?

Ojos cerrados que escuchan e intentan adivinar qué hay más allá de la puerta cerrada de mi armario, pese a que todo está en negro. Abrir los ojos para escuchar mejor, nada. Ni siquiera una rata, nada. Treinta y nueve, una nunca sabe si lo mejor es salir, como tampoco sabe si es hoy o mañana, o pasado. Es decir, que lo normal es perder el tiempo, la forma apresable del tiempo y no recordar el día. Ni si desde el último ruido han pasado minutos o bien horas, cuarenta horas, porque quién sabe si ese visitante hubiese sido mi esposo. Hubiese sido, digo, sin saber en qué forma temporal me sitúo. Cuarenta y uno, contar cuarenta y uno en voz baja para recuperar la fuerza, porque si hubiese sido mi marido, entonces: la catástrofe. El arrojido del exterior. Decir cuarenta y uno con la boca medio cerrada, susurrar en palabra para ver si ese susurro rompe la negrura que me rodea, la acuchilla y la raja, para poder salir de esta tripa pegajosa y nacer de nuevo al exterior. Cuarenta y uno, puede ser que haya sido mi esposo, no sería extraño, porque el visitante sabía dónde estaba, los caminos de casa a recorrer, y no ha habido patada en la puerta ni botas atropelladas. Cuarenta y dos, hace frío aquí adentro. Creo que está claro el hecho, lo de que era él y no otro. Ahora lo veo cada vez más claro: solo se trata de recuperar un poco el aliento y dar el paso afuera.

Llaman en la pared. Llaman en la pared. Y escucho los golpes convenidos, todos los golpes en la pared, ¿eran dieciséis? Y es mi vecino, desde su piso mi vecino dice algo, por eso que me muevo dentro del armario hasta escuchar desde la pared del armario que da a su pared de la habitación. Vasos comunicantes. Cuarenta y tres, para ver qué dice, claro. Cuarenta y cuatro. Y

escucho su voz. Que ya puedo salir, grita. Pero esa voz me es familiar, extraordinariamente familiar. Tanto, que parece la voz de mi marido diciendo que ya. Que ya está bien de estar aquí adentro. La realidad y la verdad se confunden siempre; las confundo, el horror las mezcla. Después de tanto tiempo tienden a suplantarse. Insiste: que es momento de salir y afrontar la situación. El mundo no tiene remedio, mi mundo. Cuarenta y cinco, son artimañas. Sus artimañas constantes.

¿Pero qué vida? De qué vida estamos hablando. Cuarenta y cinco, porque quizás esa vida ahora sí que me viene y la recuerdo. Cuarenta y seis, porque quizás todo esto de la guerra no sea más que la representación de mi vida a la deriva. Repleta de tristeza. Una vida a la deriva, sin carne. Cuarenta y seis, liberarme, los músculos siempre insensibles al dolor. Los trajes bonitos colgando del armario, porque ya no hay afuera, solo interior, fui. Cuarenta y siete, heridas, fui. Y esconderme es la manera de evitar las peleas y sus golpes, heridas en los muslos, heridas en las palmas de las manos. Cuarenta y siete, salir es la forma de hacerle frente, su degradación es mi degradación, confundirlo todo. No te rindas, me digo. Haz frente al soldado borracho. Hay que saltar el muro que tapia la puerta. Volver a existir. Porque ese muro es suyo. Propio de su construcción. De sus manos de marido rudo y terco. Violento. Allá afuera la violencia. Pero rendirse no. Salir. Correr. Coger al gato. Llevarme a Montag, el pequeño Montag que nació a los 48 días. Y una vez fuera de esta casa pálida, entonces sí, conseguir la libertad. Tener derecho al horizonte. Dejar de bostezar en este aire muerto. Nada de murmullos. Doce escaleras hay hasta la salida.

Cuento: cuarenta y ocho. Doce escaleras. En otro tiempo, en otro lugar.